

▲ EL PAÍS TEATRAL



MALA MADRE

DIARIO ÍNTIMO PÚBLICO

DAVID GUDIÑO

E EDITORIAL
INTeatro



EL PAÍS
TEATRAL

MALA MADRE
DIARIO ÍNTIMO PÚBLICO



David Gudiño

 EDITORIAL

Gudiño, David

Mala madre : diario íntimo público / David Gudiño. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Inteatro, 2023.

40 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-3811-91-3

1. Teatro. I. Título.

CDD 792.092

Ejemplar de distribución gratuita - Prohibida su venta

Foto de tapa: Paula Salischiker

**CONSEJO
EDITORIAL**

María Paula Del Prato
Sandra Franzen
Fabiola Manssor
Gustavo Uano
David Jacobs

**STAFF
EDITORIAL**

David Jacobs	Dirección y coordinación
Graciela Holfeltz	Producción
Patricia Ianigro	Distribución
Laura Legarreta	Asistente de edición
Juan Ignacio Crespo	Asistente de edición
Agustina Periale	Diseño de tapa
Mariana Rovito	Diseño de interior y maquetación
Mariana Rovito	Diagramación
Edith Scher	Corrección

© INTeatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro

ISBN 978-987-3811-91-3

Impreso en la Argentina — Printed in Argentina.
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
Reservados todos los derechos.

Diciembre de 2023
Primera edición



ÍNDICE

05 **NOTA DE UN AUTOR MARRÓN**

David Gudiño

11 **PRÓLOGO DE UNA OBRA**

Laura Fernández

21 **MALA MADRE. DIARIO ÍNTIMO PÚBLICO**

David Gudiño

INTRODUCCIÓN

Nota de un autor marrón

POR DAVID GUDIÑO

▲ Al momento de saber que esta obra podrá ser leída por más personas que las que la han agarrado para estudiarla para ensayos, pienso que dos aspectos merecen ser comentados: el primero tiene que ver con el deseo y el segundo con la/s pregunta/s central/es de esta dramaturgia.

El deseo

La obra que se edita en este libro está incluida en la saga que llevamos adelante en Tierra de Teatro, la primera sala de teatro independiente de Río Grande, Tierra del Fuego, que lleva 14 años de actividad. Desde hace mucho que su dueña, directora, que ha sido mi maestra teatral, Corina Amilcar, venía pensando “¿Cómo hacemos para producir historias/relatos propios?”. Primero fue un acercamiento a dramaturgas y dramaturgos patagónicos, pero había un deseo de una dramaturgia propia del espacio y de quienes integramos el equipo de Tierra de Teatro. Así fue como en el 2019 estrenamos la primera obra de la saga *Relatos de Río Grande, relatos de Tierra del Fuego*. Ya son 4

las obras estrenadas de esta saga. En el 2019 fue *25 Inviernos*, en 2020 *Las del sur*, en 2021 *Las averiadas* y en el 2022 *Mala madre: diario íntimo público*. La obra *Blizzard* fue estrenada en formato virtual en el marco del concurso Nuestro Teatro, del Teatro Nacional Cervantes. En un principio fue pensada para esta saga, así que también podemos considerarla hija de este proyecto. Las obras todas tienen un mismo objetivo: ofrecer un campo simbólico para la identidad fueguina. ¿Cómo se construye una identidad en un territorio donde se arrasó con la vida de los pueblos indígenas? ¿Cómo se construye una identidad en un territorio al cual llegaron y llegan a vivir constantemente personas de todas las demás provincias argentinas y países limítrofes? El teatro parece ser —al menos para nosotros y nosotras— una posibilidad de pensar una identidad fueguina. ¿Cuáles son los mitos de este territorio? ¿Cuáles son las preocupaciones y sueños de sus habitantes? ¿Cuáles son los silencios? y ¿cuáles son los desafíos? El teatro aparece entonces como una posibilidad de ofrecer un campo simbólico para la construcción de una identidad fueguina y, más específicamente, de Río Grande. Mucho se habla de Ushuaia. En los medios de la centralidad del país es habitual que se dé la temperatura de Ushuaia, pero no la de Río Grande, ni mucho menos la de Tolhuin ¿Alguien sabe que hoy en Río Grande viven cerca de cien mil personas? Si en el tablero de ajedrez de Tierra del Fuego Ushuaia es la reina, ¿qué pieza es Río Grande? Ciudad de estepa patagónica cubierta de coirón, con dos aviones que salen por día, si no hay niebla, con calles sin basura, pues el viento se lleva todo, y con fábricas ensambladoras de celulares y televisores para todo el país. ¿Qué tiene Río Grande para

ofrecer a sus habitantes? ¿Por qué deciden vivir allí? Si no tiene los turistas de Ushuaia, si no tiene un puerto, ni las montañas y glaciares. ¿Por qué año a año Río Grande sigue creciendo? La saga *Relatos de Río Grande, relatos de Tierra del Fuego* es nuestro deseo de que al momento de que vecinos y vecinas puedan pensar/se en Río Grande, encuentren una imagen posible de lo que significa habitar el sur argentino.

La pregunta

Es sabido que estamos en un momento en donde todos los aspectos relacionados con la mujer los estamos pudiendo repensar y la maternidad se encuentra dentro de este proceso. En mi caso, cuando era adolescente, siempre fui muy crítico de mi madre. Me molestaba que no hubiera terminado la secundaria, me molestaba que no manejara, me molestaba o sentía vergüenza de que limpiara casas como trabajo. ¿Por qué yo me sentía libre para criticar a mi madre y no a mi padre? ¿Es la figura materna más criticable que la paterna? Creo que la respuesta está bastante expuesta, pero dejo la pregunta por si todavía queda algún despistado.

Cuando comencé a pensar la dramaturgia de la obra me llegaron dos relatos sobre apropiación ilegal de bebés en democracia. Es decir, no de hijos/nietos de desaparecidos, sino de mujeres que, por circunstancias económicas/sociales, se vieron obligadas a dejar a sus hijos en situaciones ilegales ¿Es una deuda de la democracia brindar justicia a los hijos e hijas apropiados

ilegalmente en estos últimos 40 años? ¿De qué sector social provienen estas mujeres? ¿De qué sector social son las familias que buscan adoptar hijos en la ilegalidad? ¿Qué pasa hoy con las mujeres y varones adultos que buscan su familia de origen? ¿Cómo se les está brindando escucha y contención?

Cuando tenía 15 años, en Río Grande ocurrió un suceso del cual en los pasillos de la escuela secundaria todos hablábamos. Se comentaba que un grupo de varones había mantenido relaciones sexuales con una estudiante en el baño de un colegio católico, todos compañeros de colegio, chicos que tenían mi edad. Recuerdo cómo entre compañeros nos reíamos de la situación, sin entenderla, sin tener noción de lo que significaba el consentimiento, ni mucho menos pensar en la revictimización y violencia sobre la persona de la cual se hablaba. Lo que estoy tratando de decir es que socialmente y seguro mucho por culpa de mi padre, de otros varones a mi alrededor y del propio sistema social, aprendí a ser machista. Mala madre: diario íntimo público es mi pedido de disculpas a mi madre por no darme cuenta de que había un chip en mí que decía “A tu madre criticarás, a tu padre venerarás”. Mala madre es una pregunta a todas las obras que hablan sobre la mujer escritas por varones ¿Dónde están los varones en esta obra? ¿Dónde estoy/estuve yo en todo este círculo de violencia patriarcal? ¿Que hice o dejé de hacer para que la violencia y la injusticia cesara sobre mi madre? Espero algún día escribir la obra Mal padre. Si no, también dejo la idea acá. Que alguien la haga.

Un cierre

Como autor marrón, indígena, antirracista, traté de blanquearme mucho tiempo y por eso es importante para mí expresarlo. Quiero manifestar el honor que resulta para mí que se edite una obra mía en este organismo estatal. Cuando tenía 15 años aprendí a llenar formularios para acceder a subsidios que me permitieron pensar que hacer teatro no solo era una actividad interesante, sino que podía ser un trabajo profesional. Esperaba con ansias la revista “Picadero”, cuyos números llegaban todos juntos una vez al año a Tierra del Fuego, pero llegaban. Gracias a esas publicaciones conocí el trabajo de Paco en Córdoba, de Edith Gazzaniga y al Grupo Andar, de La Pampa. Este organismo me dio, a mis 17 años, una beca para ir al Festival Internacional del Mercosur, en el cual pude ver actuar a César Brie y a Cristina Banegas. Lo que quiero decir es que, en mi recorrido teatral, el Instituto Nacional del Teatro ha sido no solo un gran apoyo al trabajo, sino también una esperanza de que algo de lo que tenía para decir o contar podía ser considerado. Es que Jean Paul Sartre ya lo insinuó en el prólogo de Los condenados de la tierra, de Frantz Fanon: “los que estaban en la cocina de la historia pasaron al frente para construir su propio relato”. Que se abran todas las puertas teatrales para autores y autoras que nos animamos a decir “aquí estamos: Argentina no es blanca”.

PRÓLOGO

Prólogo de una obra

POR LAURA FERNÁNDEZ

▲ El texto dramático, todo texto dramático, es más potente cuanto más frágil, cuanto más porosa su lógica y más escurridiza su predictibilidad.

El texto dramático rechaza todo aquello que carece de precisión, de singularidad; se espanta con las generalidades. Esa rigurosidad hace que pueda prescindir de casi todo lo que lo habita, salvo de aquello que cumpla con sus exigencias. Y dada esa alerta permanente —mediante la cual expulsa o absorbe—, todo lo que persiste, claro, se vuelve vital, necesario, urgente.

Eso lo sabe el texto de David —es simpático esto de que quienes saben son los textos y no sus autorxs; es grato lo de la autónoma sabiduría de lo escrito—, cuando dice, por ejemplo, “doy un paso atrás” en una acotación. Una sospechosa acotación.

Este prólogo, este texto, también se ampara en cierto caos, porque sin saber aquello que pretende, intuye lo que no: no quiere sofocar en interpretaciones o análisis vanidosos una dramaturgia que es pura potencia. Si los textos después piden

más legislación, eventualmente, se les conceden los deseos. Por ahora este no patalea.

“Doy un paso atrás”, dice esa didascalia rebelde, una didascalia disfrazada de parlamento, o al revés. Una didascalia en primera persona, que señala detalles que no deberían importar —y, por lo mismo, justamente porque permanecen, se vuelven imprescindibles—, que evita los grandes rasgos, que se empantana en las emociones. Como en los “no puedo parar de llorar”. Una didascalia que actualiza la obra, que la complejiza, que le agrega capas de tiempos, espacios e interlocutorxs sin dispersar vigor, hacia adentro, hacia el fondo de la tierra en tanto perfora su propio territorio, como en esas historias en las que el suelo se fractura y la escena se monta en el piso que, sin saberlo, aguardaba debajo, hasta que este mismo también se resquebraja y la situación se emplaza en la superficie que estaba debajo de la de abajo. Y todo así.

Quizás todo esto tenga un amparo. La obra se autoproclama un diario íntimo. No hay ninguna advertencia sobre cómo se escenifica ese diario —por suerte no la hay— porque el registro de lo íntimo es de las cosas más esquivas que existen. Esquivas, incluso, al propio reconocimiento, a la propia estima y honestidad.

Porque, claro, qué otra cosa que un texto dramático es un diario íntimo. Qué otra cosa que la materialidad que posibilita la construcción de personajes, de interlocutorxs como destinatarixs de aquello que, extraña y paradójicamente, no

quiere salir a la luz. Qué otra cosa que un texto dramático, que expone lo inconfesable —pues si la dramaturgia solo duplica los sentidos evidentes, no tiene razón de ser—. Qué otra cosa que una escritura personal, llena de manchones y contradicciones, que no tiene que ser fiel a nada, ni siquiera a sí misma.

Un diario íntimo se pone escrupuloso en los detalles, extremo en las emociones, desmesurado en las palabras a veces y suspicazmente silencioso en otras; ecualiza mal.

Blanca, al final, dice que, en el eventual tropiezo con sus páginas, alguien establecerá algunas conclusiones. A veces se necesitan interlocuciones diferidas, porque no se está dispuestx a debatir sobre la propia naturaleza, no se está dispuestx a consensuar, a templar. Mucho menos, después de haber decidido cosas que el sentido común, normalmente, adora acribillar.

“Doy un paso atrás”, dice Blanca, la dueña de las páginas íntimas, en estas didascalias confesionales y nos invita a entender el enorme agujero que a veces hay entre un pie y el otro, la tierra que se abre, la sensación de desequilibrio, la imposibilidad de volver a poner las plantas en paralelo. Como cuando la enfermedad nos hace reconocer los órganos que, en plena salud, eran un bodoque indiferenciable.

El texto tiene una trampa fascinante: Blanca puede elegir qué decirle a su Gaby, a Fer, a sus “nietas”. Puede elegir, también, qué plasmar en su diario, en su didascalia interior. Pero se

confunde y espeta lo áspero y se guarda lo tierno. Y, claro, unx al leer se desespera por decirle a Blanca que no elija así. Y, claro, qué dicha cuando unx quiere zamarrear al personaje. O besarlo. O quiere hacerse amigx. O quiere seguirle los pasos después de haber terminado el tiempo del texto. Blanca no nos da pena, a pesar de que su historia sólo debería conducirnos allí. Blanca nos desespera. Ya estamos comprometidxs; ya estamos a su lado, con las manos extendidas para abajarla si se va de costado, desvanecida, antes de que se golpee con algo. Estamos a su lado, sin distancia; escuchamos su respiración, nos salpican las lágrimas cuando salen con fuerza y se reducen a su mínima existencia material.

Otro de estos instantes de desasosiego —que se esparcen como estertores a lo largo de todo el texto— se revela con la densidad de la pesadilla a partir del uso de las repeticiones. Blanca machaca en lo que no queremos escuchar —no lo confiesa, se lo dice a Gaby, elige no desplazarlo a su intimidad—; repite lo que nos gustaría que quedara en el territorio de lo que “se entendió mal”. Blanca insiste en perforar la tierra y dilapidar nuestras ansias de indulgencia. El texto propone un intercambio agrio y, en su repetición, nos aferramos torpemente a la ilusión de una respuesta distinta. El efecto no se vence, aunque el entramado dramático nos avisa una y otra vez que nuestras expectativas son vanas.

Estos pequeños retrocesos, estas detenciones en un eco perturbador, exhiben otra de las astucias de la obra: si en la vasta mayoría de los textos, los pasajes crueles están destinados

a ser licuados entre otras ideas justamente por eso, por crueles —por el temor a su exuberancia, por el pudor a quedar demasiado explícitos—, acá la repetición quirúrgica, sin quitarle espesura, los cubre de una dulce impotencia. Como si Blanca dijera “sí, dije eso”, sin decirlo. Esa voluntad de gobernar lo inquietante, extrañamente, da sosiego.

Como la asepsia de una de las primeras declaraciones de Blanca, porque quien avisa no traiciona: “soy una mierda”.

Arranca así la obra, sin exordio —este texto ya advirtió que la cronología no le es cara—. La fábula no se presenta como una disposición ordenada de circunstancias cuyo destino debemos descubrir o cuyos puntos debemos unir. Esa condición nos relegaría a merxs espectadorxs de algo lejano, cristalizado en algún otro lado; nos condenaría a levantar las migas de pan del camino por el que transita —antes que nosotrxs, con una prudente pero afianzada ventaja—. La dramaturgia, por el contrario, ya en sus primeras líneas, vomita despiadadamente lo ocurrido. Ya estamos avisadxs de por qué estamos aquí. Ya nos mostró todo lo que sabe. Estamos juntxs en el punto de partida. Nos miramos de reojo. Y justamente por ello, nos sentimos aventuradxs a intentar que las cosas asuman otros destinos.

Porque vamos con ella por la inestable cornisa del presente puro.

Como cuando agarramos una servilleta y hacemos el triángulo del triángulo del triángulo, la obra hace sus propias síntesis de tiempos, espacios, de recorridos de los personajes. Conforme avanza, todo se acelera y se comprime, sin desconcierto, sin perder verdad. Como cuando la escritura de un diario íntimo carece de regularidad y los acontecimientos se ven obligados a amontonarse rápidamente en pocos párrafos; como cuando la expectativa de aquello que iba a suceder se extiende demasiado y su desenlace es torpe y a destiempo. Como en las viejas cintas de películas con pedazos perdidos: no hay allí voluntad de esconder ni lo importante ni lo superfluo. Sólo se ha perdido un tramo aleatorio de cuyo contenido no depende. Una secuencia se conecta con la anterior sin saber si lo que mediaba justificaba, explicaba o abonaba a la sucesión.

Cuando los recursos son simples y, aun así, logran un efecto desmedido —cuando un texto activa nuestra sorpresa, nuestra amargura, nuestro entusiasmo y su fuente, a la vista, es franca— no hay sino satisfacción.

El curso del universo sonoro de la obra hace más frondosa la experiencia. Los llantos que se enredan en los parlamentos y los confrontan sin argumentos, solo musicalmente; las exhalaciones que se vuelven filosas al oído; el ruido sofocante que producen las niñas al jugar, que nublan el entendimiento cuando se quiere escuchar o decir con claridad. El cuenco.

Los espacios —esto fue citado vagamente antes— también asumen un sistema tan posible como misterioso. Hay unas

escaleras, un arriba inquietante. El texto resiste a una tentación fértil y evidente: la de que el tiempo en el que algunas personas, que no convendría que estuvieran reunidas en un espacio al que no tenemos acceso, fuera extenso y estuviera exageradamente ponderado. Pues, no, la obra no cede a ese impulso. La sensación de riesgo se narra sin esfuerzo, sin acentuar ningún aspecto, sutilmente. Sólo aparece y persiste la precisa cantidad de respiraciones, no tantas como para no ponderarlo de manera declarada, pero no tan pocas como para que no dejen su halo estremecedor en la superficie de cada personaje, de cada objeto, de cada parlamento. Tanto hubiéramos supuesto que el texto iba a ufanarse de su hallazgo, que la sensación de que no hay jactancia lo vuelve más verdadero, más implacable y salvaje.

Están estos espacios citados como delimitaciones poéticas y expresivas y está también el gran espacio, la tierra, la ciudad que los reúne y solo se nombra fugazmente, pero que se instala como geografía y como atmósfera. La descubrimos desde sus recovecos, a partir de la relación con otras ciudades, mediante el modo de acceder a ella, por las aduanas, sus tiendas y las enormes distancias recorridas. Solo se puede palpar una ciudad que no se nombra si el texto la conoce a la perfección. Las coordenadas se precisan a través de pistas, como cementerios, supermercados y aquello de que en el hotel hoy atiende Raúl y, más extrañamente, mediante lo escurridizo de comprender exactamente el lugar porque la dramaturgia ha respirado ese aire.

Hay un desplazamiento, también, entre lo bueno, lo saludable, lo amoroso y lo miserable y nocivo. Como si fuera una metáfora

—de las buenas, de las vivas, de las teatrales— de los vínculos, de aquello que lo que nutre envenena y lo que lastima, alimenta.

Como las prácticas de yoga de Blanca que cierran en los flujos internos de la sangre y el oxígeno en el momento donde se espera exterioridad; como la mansedumbre de Fer que no logra sino exasperar, como la incomodidad de saber que dos niñas son delicadxs testigxs de todo. Estos elementos lúcidamente puestos en juego construyen una atmósfera perturbadora, como la escena de alguien que elige con sospechosa minuciosidad qué salvar de un incendio que lx cerca vorazmente.

Y está el humor, claro. En los equívocos inocentes, en los titubeos de Fer y su insistencia en las analogías entre la programación, el diseño y la vida misma. En los pequeños gestos de mezquindad. En la incomodidad de los cuerpos.

El texto empieza cruel y pasa por momentos amorosos y unx desearía que allí se quedara, aunque sea un ratito más. Pero no hay redención. Para algunas vidas, para algunas decisiones, para algunas circunstancias, no la hay nunca.

La mayoría de estos instantes tienen que ver con el gran asunto de la obra —en las obras hay “ideas”, claro, pero nunca como nociones solitarias sino como el emergente del tejido de cada palabra con la que la sigue y la que la antecede—. La maternidad es el territorio que la obra surca una y otra vez, y en cada nueva hendidura lo postula de una forma diferente, le propone un ángulo distinto, un aspecto novedoso a contemplar.

Están allí las miles de formas de la maternidad. Las miles de circunstancias alrededor de ella. Las miles de decisiones que implica materner. O no hacerlo. Lo inexorable.

Claro está, el tema se aborda con la crudeza que supone, con la honestidad que el asunto requiere. Con el intento de definiciones, con el rechazo, con la aceptación. Con la pregunta constante. No hay salvación. No hay tierra firme. Nunca la hay en estos asuntos.

Hubo un caso policial. No vienen a cuento los detalles truculentos. Un niño escapa de su casa. La madre trabaja de noche; deja al niño al cuidado de alguien cuyos honorarios están a su alcance. El niño se escabulle al exterior sin ser visto, pasa la noche afuera. Para estos fines, no importa cómo sigue el relato. Sí importa que decenas de cronistas rodean a la madre cuando la policía devuelve al niño. Las preguntas son acusaciones solo tamizadas de a ratos y a los únicos fines de continuar con la extracción de sangre de la declaración periodística. De repente, la madre hace un silencio. Y pregunta a quienes preguntan —aunque quizás esto es una suerte de recreación, de deseo de que así haya sido—. La madre pregunta a los micrófonos: “¿y no quieren saber dónde estaba el padre?”.

Si lo personal es político —y claro que lo es— lo íntimo da cuenta de lo público. Una obra de teatro no es sino una pequeña secuencia sensible y singular que refleja y es

reflejada, que construye y es construida por las estructuras sociales, por las relaciones de dominación, por las condiciones materiales. No tiene que dar cuenta de ellas, claro; no tiene que rendirse ante su magnitud; no debe sofocar su potencia por no traicionarlas. No tiene que ser correcta ni humilde. Debe provocarlas porque —y no es novedad— el arte ha sabido ser intuitivo a las rebeldías y revoluciones. Una obra de teatro no es sino una fábula en la que rebotan las luchas y los padecimientos; una fábula en la que no hablan las ideas sino los cuerpos atravesados de historia. En el cuerpo de Blanca, en su desesperación porque las prácticas de yoga la ayuden a encontrar algo de protección a esa superficie contra la que han atentado, en la dolorosa tenacidad con la que sostiene su autodeterminación en el presente, está la historia de las mujeres. La historia de la opresión, su furia y transformación. Con la verdad y la exaltación que exuda quien habitó el lado postergado.

Ah, qué olvido. En el fervor de hablar del texto, este texto se olvidó de citar lo. Este prólogo arengado es sobre Mala madre: diario íntimo público, de David Gudiño.

MALA MADRE
DIARIO ÍNTIMO PÚBLICO

David Gudiño



PERSONAJES

BLANCA, 52 años

GABY, 37 años

FER, 35 años

HIJAS DE GABY Y FER, 3 y 7 años

Querido diario: en este diario escribo, comencé a escribir, hace poco. Igual el tiempo es relativo, no digo nada nuevo con esto, pero lo es. Frente al avance del tiempo no hay queja que aguante. En este diario escribo los momentos que son importantes, los que valen la pena. Lamentablemente para mí, o no sé, ya no sé, en todos estos momentos sin maquillaje, en todos y cada uno de ellos me di cuenta que: soy una mierda.

BLANCA. —Tengo una voz muy aguda, desobediente, soy tan sorete que a la gente le dan ganas de pegarme, pero nadie lo hace porque me tienen miedo y eso me gusta. No sonrío, no completo tu emoción, no te ayudo, me chupas un huevo. Es mi vida, la mía. La que me di a mí misma, la que yo sola sostengo. Lo único que sé hacer bien es trabajar. Me gusta coger. Me gusta hacerlo y que después te vayas. Ah, me olvidaba. Hago yoga, tengo una escuela de yoga.

Hace un par de meses sonó el teléfono, era ella. Dijo que necesitaba verme, que no podía seguir con su vida, que

necesitaba conocerme. Después llamó otra vez, para confirmar que venía y aquí está. Yo estoy parada casi en el centro de mi espacio de entrenamiento. Cuando Gabriela entró yo estaba acomodando las frazadas de colores que le pongo a la gente cuando hacemos la relajación final. Gabriela está más cerca de la puerta que de mí. Tiene el pelo ondulado como yo. Lo tiene más cuidado que yo. Quizás no. Seguramente se lo cuida más que yo. Tiene un acento, una tonada, casi imperceptible.

BLANCA. — Sí, fue eso: quinientos pesos.

GABY. — ¿Y vos ya sabías?

BLANCA. — Sí, yo supe.

GABY. — Una amiga le preguntó cómo había nacido y ella dijo “fue natural”, cuando siempre me dijo que había sido por cesárea.

BLANCA. — Fue natural. En el Hospital Regional Río Grande. Fueron un par de horas de trabajo de parto, pero luego fue todo muy rápido.

GABY. — ¿Llegaste a verme?

BLANCA. — Solo un momento.

GABY. — ¿Me agarraste? ¿Me sostuviste?

BLANCA. — Fue todo muy rápido.

GABY. — ¿Y después?

BLANCA. — El arreglo ya estaba hecho.

GABY. — ¿En ese momento te enteraste?

BLANCA. — No. Ya sabía. Me lo habían dicho, no sabía quién, ni cómo. Después de ese momento no volví a verte.

GABY. — ¿Y no se te ocurrió buscarme?

BLANCA. — Era muy chica.

GABY. —¿Nunca pensaste qué hacía? ¿A qué me dedicaba?
¿Quién era mi familia?

BLANCA. —No lo sé.

GABY. —¿Nunca me extrañaste?

BLANCA. —Se extraña lo que se conoce.

GABY. —¿No me necesitaste?

BLANCA. —Se necesita lo que se desea.

GABY. —¿Nunca pensaste si me parecía a vos? ¿Si teníamos algo en común?

BLANCA. —Son muchas preguntas no...

GABY. —¿Nunca quisiste saber quiénes me llevaron? ¿A quiénes me vendieron?

BLANCA. —Mis padres hicieron todo.

GABY. —¿Dónde están tus padres?

BLANCA. —No...

GABY. —Quiero que me expliquen.

BLANCA. —No pueden.

GABY. —Llámalos. Quiero que vengan ahora y me expliquen y digan. Que digan todo lo que saben.

BLANCA. —Están muertos.

Mis padres.

BLANCA. —“El doctor Castillo”. Así siempre le decían. Yo también. Mi padre. Murió de cáncer. Tenía un odio que le entró por la nariz y lo escupió por la boca. “Hay algo que no querés decir, Castillo” le decía. Jamás consideró la posibilidad de que hablar curaría su emoción cancerígena. Porque el odio es un caldo que se cocina en el estómago, pero se sirve en la garganta. Lleno

de cables blancos y de bombas de hidrógeno estaba, hasta que un día firmé y lo apagaron. Los Castillos de verdad no se caen. Mamá está muerta en vida para mí. Vive en San Martín de los Andes. Es más mierda que yo. Igual no te echo la culpa, mami. Si hay algo que hiciste bien es no inculcarme la culpa.

Gabriela está agitada y tiene muy tensionado el cuello.

GABY. —Llamalos. Quiero que vengan ahora y me expliquen y digan. Que digan todo lo que saben.

BLANCA. —Están muertos.

GABY. —Alguien debe quedar de sus allegados. Algún conocido, algún amigo, alguien con quienes ellos hayan consultado. Siempre con estas cosas. Me imagino que más gente debió haber estado involucrada para una cosa así. ¿Cómo se puede hacer una cosa así en un hospital?

BLANCA. —El dinero lo puede todo.

GABY. —No creo que un bebé se lleve de un lugar a otro, no creo que sea algo fácil de hacer. ¿No?

BLANCA. —El dinero lo puede todo. Estás agitada, sentate.

GABY. —Estoy bien.

BLANCA. —Hagamos un *pranayama*.

GABY. —¿Una pijamada?

BLANCA. —Un *pranayama*.

GABY. —¿Qué es eso?

BLANCA. —Ejercicio de respiración.

GABY. —¿Por qué querés frenéticamente e insistís en que haga yoga?

BLANCA. —No es yoga es un...

GABY. —No hago deportes.

BLANCA. —No es un deporte.

GABY. —Basta, no quiero, no me interesa.

BLANCA. —La ignorancia no tiene intereses.

GABY. —No quiero.

BLANCA. —Tenés tensiones en el cuello, lo noto, se te notan. Hay algunas posturas que son...

GABY. —No sé de qué hablás.

BLANCA. —El saludo al sol todo el mundo lo conoce. Es muy bueno. Seguro alguna vez lo hiciste o escuchaste.

GABY. —Lo que vine a buscar son explicaciones.

BLANCA. —Vas a tener que ser comprensiva.

GABY. —Yo me voy a ir a un hotel. Estamos con mi marido y mis hijas. Vinimos los cuatro y no sé si ahora o más tarde o a la noche volvemos, pero quiero explicaciones.

BLANCA. —Tenía 15 años ¿Entendés ahora o te explico?

Yo tengo frío en mis manos, quisiera agarrar una manta y envolverme. Gabriela quiere llorar, me doy cuenta.

BLANCA. —¿A qué hotel van?

Entra un muchacho. Es un chico lindo. Tiene el pelo peinado con gel. Se lo ve prolijo. Entra con dos nenas: una en brazos y la otra le sujeta la mano. Les habla en voz baja.

FER. —Gaby las...

GABY. —Ya voy.

FER. —Disculpame, mi vida. Las nenas querían bajar, les dije que estabas ocupada. Perdón, señora. Hola. Soy Fer, el marido de Gaby, estamos afuera con el auto. Perdoname mi amor, pero las nenas están cansadas. Fue largo el viaje. Ya les expliqué que estás conociendo a tu mamá. Perdón, perdoname. No quise interrumpir.

Gaby toma a la niña más chiquita en brazos, la otra se abraza a su padre, ambas me miran.

BLANCA. —No hace falta que se queden en un hotel. Arriba hay habitaciones. Si quieren el lugar, está disponible. Los retiros los hicieron la semana pasada, así que hasta dentro de quince días no viene nadie.

GABY. —¿Cómo que no viene nadie?

BLANCA. —¿Cuándo?

GABY. —Dijiste que todo el tiempo viene gente.

BLANCA. —¿Quién?

GABY. —Vos. Dijiste que estabas muy ocupada.

BLANCA. —Bueno, pero ahora no.

GABY. —¿Pasó algo?

BLANCA. —Acá se pueden quedar. A la mañana viene Cristina a limpiar. Pero son solo dos horas. Casi no hace ruido, así que no los va a molestar. Hay espacio si se quieren quedar...

FER. —Perdón señora, pero el hotel ya lo tenemos pagado.

BLANCA. —Pero yo conozco a todo el mundo. Si me decís qué hotel, llamo y te van a reintegrar. ¿En qué hotel reservaron?

FER. —En el Gran Hotel, pero en serio, señora, me parece que preferimos irnos.

BLANCA. —¿Por qué prefieren irse?

FER. —Ya lo tenemos pagado.

BLANCA. —Pero te estoy diciendo que les recupero la plata. Hoy en el hotel debe estar Raúl atendiendo. Ahora lo llamo. ¿Por qué no me preguntaron si tenía lugar? ¿Por qué no me preguntaste si tenía lugar?

GABY. —Dijiste que venía mucha gente.

BLANCA. —Bueno, pero ahora no viene nadie.

GABY. —No quise molestarte.

BLANCA. —Ya me molestaste apareciendo.

Te lo dije: Soy una mierda.

BLANCA. —Tengo 52 años. Cuando tenía 15 me gustaba Pablo. Él iba a la Misión Salesiana, yo al María Auxiliadora. Los juegos interescolares se hacían todos los años con la llegada de la primavera. En agosto del '84, en uno de los baños de la estancia Oveja Negra fue la primera vez. Las chicas estábamos jugando al vóley, los chicos al fútbol. Él sabía que estaba yo y yo sabía que estaba él. Nos vimos y no hubo palabras. Nuestro deseo fue sin mediar palabra. Hasta que un mes después tuve que decir “Estoy embarazada”. A Pablo lo mandaron a Córdoba con familiares y yo me quedé en la isla. Creo que mamá averiguó si era posible hacer un aborto, pero no se hacían acá, había que irse. Desde Chile creo que vinieron a buscarla. Mamá tenía, sigue teniendo, la manía de vender todo. Cuando se murió Castillo lo primero que hizo fue vender su alianza de oro puro. Así que lo mismo hizo con la bebé. Apenas nació, ya había comprador. Quinientos pesos. Hoy serían alrededor de

doscientos cincuenta mil. No sé en que los habrá gastado. A mí no me los dio.

Yo estoy parada en el mismo lugar de siempre, Fernando más cerca de Gabriela que de mí, la toma de la mano, parece amarla pero con una leve torpeza.

GABY. —No quise molestarte.

BLANCA. —Ya me molestaste apareciendo.

FER. —Señora...

BLANCA. —Perdón, perdoname, disculpame.

FER. —¿Vamos amor?

Gabriela me mira, su hijas me miran.

BLANCA. —Déjenme que los guíe al hotel, así no se pierden. Tienen que seguir acá derecho dos cuadras, doblar a la izquierda hasta el cementerio. Al final del cementerio doblan a la derecha cinco cuadras y está el hotel. Se van a dar cuenta cuando lleguen. Tiene un cartel grande siempre iluminado que dice Gran Hotel.

FER. —Gracias. Con el GPS llegamos, de todos modos.

BLANCA. —¿No quieren quedarse?

FER. —En serio, señora. Me parece que preferimos irnos.

La hija más grande de Gabriela pide ir al baño.

GABY. —¿Un baño?

BLANCA. —Ahí.

GABY. —Las llevo al baño.

Gabriela se va. Fernando la mira irse. Después de un momento, me mira y comienza a caminar por el salón.

FER. —Qué bueno que se pudieron encontrar con Gaby.

BLANCA. —¿Gabriela?

FER. —Sí.

BLANCA. —No me gusta que abrevien los nombres.

Fernando mira el techo, frunce el ceño, como si hiciera esfuerzo en encontrar una mancha o una gotera.

FER. —Cuando Gaby... Gabriela comenzó a buscarla, yo la apoyé mucho.

Lo miro, digo sí con la cabeza, se acerca al cuenco que utilizo en mis clases.

FER. —¿Le contó cómo se enteró?

BLANCA. —El cuenco no se toca.

Lo miro, digo sí con la cabeza y Fernando se aleja del cuenco.

FER. —¡Qué bárbaro!, ¿no? Su mejor amiga le preguntó cómo había nacido y su mamá contestó “natural” y siempre a Gaby... Gabriela le había dicho que había sido por cesárea.

BLANCA. —Sí, me dijo.

FER. —No, no, no. Es que esa misma noche Gaby no se aguantó y le pidió tanto a la mamá que le diga la verdad y...

BLANCA. —Ya me contó.

FER. —Sí, perdón es que es muy impresionante.

Lo miro, digo sí con la cabeza.

FER. —¿Hace cuánto que tiene la academia?

BLANCA. —¿Cómo?

FER. —La academia de yoga ¿Hace cuánto la tiene?

BLANCA. —Es una escuela de yoga. Diez años.

FER. —Estuve viendo la página. Hace mucho no comparten nada.

BLANCA. —El chico que manejaba eso no pudo hacerlo más.

Cobraba muy caro.

FER. —Yo soy diseñador Web, si necesita ayuda.

BLANCA. —¿Cuánto cobrás?

FER. —Usted no se preocupe.

BLANCA. —Inti cobraba quince mil pesos por mes. Una locura.

FER. —No se preocupe de eso ahora.

BLANCA. —Era un vago, porrero. Jamás entendió que los lunes la clase de Hatha Yoga iba antes que la de Vinyasa Yoga. Un desastre.

FER. —Bueno yo la última página que hice fue para una academia de Kung Fu. Quedó muy buena. Por eso le digo que la puedo ayudar.

BLANCA. —Te agradezco.

FER. —En realidad, no la hice a la página desde cero, sino que tuve que mover todo lo que tenían de un servidor a otro y de paso retoqué un poco.

Me duele la cabeza. Fernando camina y pisa las colchonetas. Debería pedirle que se saque los zapatos.

FER. —Los servidores Web sirven para almacenar contenido de Internet y permitir el acceso a la información. Por ejemplo, cuando los alumnos visitan la página desde sus navegadores, es en realidad un servidor Web el que envía las imágenes y textos de la página directamente a tu compu. Esto quiere decir que para que una página Web sea accesible en cualquier momento, el servidor Web debe estar permanentemente online. Por eso las redes sociales tuvieron mucho éxito al principio, porque nunca se caían. Después, bueno. Se hicieron dueños de la cancha y se llevan la pelota cuando quieren.

BLANCA. —¿Sos polaco vos?

FER. —Mis tatarabuelos. Yo ya no sé qué tengo de polaco. ¿Por qué?

BLANCA. —Tu despreocupación tenés de polaco. En ningún momento te preguntaste si me interesaba saber lo que era un servidor o no.

FER. —Perdón. Es que es muy interesante.

BLANCA. —Seguí.

FER. —En su página no cargan las imágenes, necesita un nuevo servidor. El http está roto.

Lo que necesito es tomar algo, me duele mucho la cabeza. Fernando camina y mira los zócalos. Se acerca a la escalera que da al salón del primer piso.

FER. —¿Tienen muchos alumnos?

BLANCA. —Ya no. Vos deberías hacer yoga.

FER. —Podría ser. ¿Cuántos docentes son?

BLANCA. —Estoy yo sola. Estoy algo cansada.

FER. —Nosotros también. Las cuatro aduanas nos mataron. Hasta nos sacaron las frutillas que las nenas habían juntado para usted.

BLANCA. —Quise decir que prefiero estar sola.

Gabriela entra con el cochecito donde está la niña más chiquita. La otra entra caminando al lado. Yo estoy cerca de la escalera que me lleva al salón del primer piso. El cochecito está como nuevo, tiene ruedas grandes.

GABY. —Están cansadas, casi se quedan dormidas en el baño.

La hija más grande de Gabriela dice que se quiere ir.

GABY. —Pero nos están invitando a quedarnos.

La hija más grande de Gabriela dice que tiene hambre.

Gabriela se agacha para hacerle una caricia a la niña más pequeña. La veo. Comienzo a llorar.

FER. —Pero tenemos que ir, mi vida. Yo necesito bañarme, tengo todo el viaje encima. Me mató las cuatro aduanas. Cómo puede ser que para entrar a esta isla haya que salir de Argentina, entrar a Chile. Salir de Chile y volver a Argentina. ¿No podrían haber hecho un paso por el lado...

GABY. —Blanca ¿De verdad nos estás ofreciendo tu casa para quedarnos? ¿Dónde se podría bañar Fer?

FER. —Recién me dijo que quería estar sola. Así que mejor...

GABY. —¿Blanca estás bien?

FER. —Le duele la panza.

GABY. —Sí mi vida, la estoy viendo, por eso le pregunto si está bien.

FER. —¿Blanca se siente bien?

GABY. —¿Te pasó algo?

No puedo parar de llorar.

FER. —¿Quiere un abrazo Blanca?

GABY. —¿Necesitás algo?

FER. —La abrazo

GABY. —No amor. ¿Querés un vaso de agua?

FER. —¿Necesita algo Blanquita?

GABY. —Me preocupa.

FER. —¿La abrazo?

GABY. —No, dejala. Dejala, mejor.

FER. —Con su edad no es bueno que se ponga así, tampoco.

GABY. —No es tan grande. Cincuenta y dos años.

FER. —Ah, claro. Decía, nomás.

GABY. —Esperemos. Ya se le va a pasar.

FER. —¿Y qué hacemos? ¿Nos quedamos o nos vamos?

BLANCA. —¿Me alcanzan una colchoneta?

FER. —Sí, Blanquita ¿Se siente bien?

Me recuesto en la colchoneta, sigo llorando.

GABY. —Mam... Blanca, ¿te sentís bien?

BLANCA. —Sí, sí, déjenme, necesito un momento. Pueden ir arriba, hay un baño, ahí te podés duchar, Fernando.

FER. —Espectacular.

GABY. —Bueno mam... Blanca, vos tranquila, nos acomodamos.

BLANCA. —Sí, vayan.

FER. —¿Qué cosa?

Las hijas de Gabriela piden comida, tienen hambre. Inspiro. Inspiro. Exhalo. Inspiro. Mis manos se extienden. Las elevo. Uno mis palmas. Las apoyo sobre mi esternón. Suena un cuenco.

GABY. —Amor ¿Me das el bolso?

FER. —¿No lo trajiste?

GABY. —En el auto no estaba.

FER. —¿Cómo que en el auto no estaba?

GABY. —No estaba, revisé todo. Pensé que lo tenías vos.

FER. —¿Dónde lo voy a tener?

Inspiro profundamente. Elevo mis manos. Exhalo. Abro los brazos. Inspiro. Junto mis palmas. Exhalo. Las llevo a los costados. Inspiro. Elevo mis manos. Exhalo. Suena un cuenco.

GABY. —No sé por qué pensé que lo tenías.

FER. —No lo bajé. Debe estar en el auto.

GABY. —Te dije que revisé todo.

Inspiro. Inspiro. Exhalo. Inspiro. Mis manos se extienden. Las elevo. Uno mis palmas. Las apoyo sobre mi esternón. Suena un cuenco.

GABY. —Pensé que lo habías bajado.

FER. —No lo bajé.

GABY. —Necesito darles de comer.

FER. —Bueno voy a comprar, debe haber algún lugar cerca.

GABY. —¿En la aduana lo habremos bajado?

Inspiro profundamente. Elevo mis manos. Exhalo. Abro los brazos. Inspiro. Junto mis palmas. Exhalo. Las llevo a los costados. Inspiro. Elevo mis manos. Exhalo. Suena un cuenco.

FER. —No me acuerdo si lo bajamos o no.

GABY. —Teníamos todo ahí.

FER. —Tranqui, voy a comprar ahora las cosas más urgentes.

GABY. —Sí, ya les tengo que dar de comer.

Inspiro. Llevo mis manos a mis hombros. Exhalo. Acercó mis codos hasta que llegan a tocarse. Inspiro. Elevo mis codos alternadamente. Exhalo. Suena un cuenco.

FER. —Blanca, perdón que interrumpa su clase. No encontramos el bolso con las cosas para darle de comer a las nenas. Me parece que lo dejamos en la aduana. ¿Dónde puedo ir a comprar?

Inspiro. Exhalo. Inspiro. Exhalo. Inspiro. Exhalo. Entrelazo mis dedos. Apoyo las palmas sobre mi pecho.

FER. —Blanca, necesitamos darles de comer a las nenas. ¿Sabe dónde puedo comprar comida?

Inspiro. Exhalo. Inspiro. Exhalo. Inspiro. Exhalo. Suena un cuenco.

FER. —No me contesta, amor.

GABY. —Blanca: ya les tengo que dar de comer a las nenas y no encontramos el bolso. ¿Dónde puede ir Fer a comprar comida?

Me paro. Llevo mis manos detrás de mi espalda. Me inclino hacia adelante. Mi espalda queda paralela al suelo. Pego el pecho a mis piernas. Mis manos y mi pelo tocan el suelo. Digo no con la cabeza. Digo sí con la cabeza.

FER. —¿Qué hacemos?

Digo no con la cabeza. Digo sí con la cabeza.

FER. —¿Qué hacemos?

GABY. —Ya debe estar por terminar.

FER. —Voy a dar una vuelta con el auto. Seguro encuentro algún negocio.

GABY. —Dale.

FER. —¿No querés venir y nos vamos al hotel?

Me siento y cruzo mis piernas.

BLANCA. —Está La Anónima acá a cinco cuadras. Doblás en la esquina a tu derecha, hacés dos cuadras, doblás de nuevo a la derecha, hacés tres cuadras y lo vas a ver. Ahí tienen todo. Siempre está todo muy caro ahí, pero es el lugar más cercano.

FER. —Gracias.

Fernando comienza a salir, Gabriela alza a la nena, la saca del cochecito.

BLANCA. —¿Se quedan, al final?

Gabriela y Fernando se miran.

GABY. —Sí, nos quedamos.

Yo hago yoga.

BLANCA. —Íbamos en su auto. Después de un fin de semana de retiro, se ofreció y me llevó hasta la terminal de ómnibus. En el camino le pregunté por qué hacía yoga. Me contó que hacía unos años se fue a vivir con el marido y los hijos a Alemania. Un día el marido volvió a Buenos Aires, tenía que hacer algunos trámites. Mientras él estaba acá y ella con los pibes en Alemania, una amiga la llamó y le contó que su marido estaba viviendo con una chica en su casa. Así que ella agarró a sus hijos y se volvió. Vivían en un *country*, no me acuerdo el nombre. Y ahí los encontró. Su marido viviendo con una piba de 27 años. Quedó destruida. Mucho tiempo vivió deprimida, sin saber qué hacer, pero el yoga la salvó. El yoga salva vidas, emociones, almas. Ese día decidí abrir mi propia escuela de yoga.

Suena un cuenco. Meditación.

BLANCA. —Es estar quieta y en silencio. Construyo hacia adentro. Es para mí, para mí, para mí, para mí, para mí, para mí, para mí. Quieta. Me uno conmigo misma. Tengo la espalda derecha. Miro las cosas de otra forma. No te enojés conmigo porque te enojás con el universo. Yo soy vos y vos sos yo. Antes de enfermarte en tu cuerpo físico te enfermás en otros cuerpos. Esto es solo cinco minutos. Diez minutos. Las clases salen cinco mil pesos por mes.

Las nenas están jugando arriba, las escucho. Yo estoy meditando. Alguien baja las escaleras.

GABY. —Te levantaste temprano.

BLANCA. —Siempre me levanto temprano.

GABY. —¿Qué hacías?

BLANCA. —Meditaba.

GABY. —¿No tenés alumnos hoy?

BLANCA. —No.

GABY. —¿Qué pasó? ¿No vienen?

BLANCA. —No tengo.

GABY. —¿Pasó algo?

BLANCA. —Nada

GABY. —Con Fer y las nenas queremos ir a Ushuaia.

Las nenas juegan y hacer ruido.

BLANCA. —Vayan.

GABY. —Queríamos invitarte.

BLANCA. —No puedo.

Las nenas juegan. Hacen ruido, las escucho. Gabriela se acerca a las escaleras.

GABY. —¿Amor pueden bajar un poco el volumen? ¿Por qué no podés?

BLANCA. —No puedo

GABY. —Pero si dijiste que no tenés alumnos.

BLANCA. —Tengo que hacer otras cosas.

Las nenas juegan cada vez más fuerte. Las escucho.

GABY. —Basta, no puedo hablar.

Silencio.

GABY. —Bueno y mañana quizás...

BLANCA. —No.

GABY. —¿Por qué nos dijiste de quedarnos entonces, si no vas a querer hacer nada?

Miro hacia las escaleras que van al primer piso. Las risas y gritos son muy fuertes.

GABY. —¡Basta! ¡Estoy tratando de hablar!

BLANCA. —Te y les hace mal gritar

GABY. —Contestame.

Subo. Gaby se queda sola.

FER. —Amor, ¿estás bien?

GABY. — ¿Y las nenas?

FER. —Arriba con Blanca.

GABY. —Pero...

FER. —Se acercó, me dijo que quería enseñarles algo. Se sentó en el piso con las nenas.

GABY. —¿Ya las habías cambiado?

FER. —Sí.

GABY. —¿Se sentó con ellas?

FER. —Sí amor, cerró los ojos. ¿Dónde vas?

GABY. —Voy a ver cómo están.

FER. —Dejalas un rato.

GABY. —Pero...

FER. —Están bien. Querrá conocer a las nenas, descansemos. Yo no pude dormir nada anoche. Las colchonetas son durísimas.

GABY. —¿Te dijo algo de Ushuaia?

FER. —No.

GABY. —Voy a buscarlas, así vamos.

FER. —Amor, ¿no podemos ir mañana? Estoy muerto.

GABY. —Anoche me dijiste que sí.

FER. —No dormí nada, estoy cansado, manejar...

GABY. —Manejo yo.

FER. —Las nenas están cansadas.

GABY. —Ayer me dijiste que sí.

FER. —Pero estoy, estamos, cansados.

GABY. —Voy sola.

FER. —Esperá...

GABY. —Voy sola.

FER. —Y me vas a dejar acá con las nenas. Amor, no conocemos la ruta. ¿Blanca qué dijo?

GABY. —No puede.

FER. —Ves.

GABY. —Quizás mi papá está allá.

FER. —Ya sé, pero si vamos mañana y estamos más descansados...

GABY. —No quiero esperar más.

FER. —Un día nada más, hasta mañana.

GABY. —Voy a ver cómo están las nenas.

BLANCA. —Están bien.

FER. —Gracias, Blanca.

GABY. —¿Cómo hiciste para que estén tranquilas?

BLANCA. —Yoga.

GABY. —No sabía que servía para...

BLANCA. —Hay muchos tipos de yoga.

FER. —¿En las empresas se hace también, no?

BLANCA. —¿Se van a Ushuaia?

GABY. —Fer está cansado y...

BLANCA. —Vayan.

GABY. —Pero vos no podés.

BLANCA. —No quiero ir.

GABY. —¿Por qué?

BLANCA. —No quiero.

GABY. —Pero ¿por qué?

FER. —Amor, ya te dijo...

GABY. —Basta, amor, estoy hablando con mi mamá.

BLANCA. —No soy tu mamá.

GABY. —¿Cómo? Elvira me dio tu nombre, lo tenía anotado...

BLANCA. —Sabés a lo que me refiero.

FER. —Creo que Blanca se refiere...

GABY. —Amor.

FER. —Perdón.

BLANCA. —Madre es la que te crió. Yo te tuve, pero ella te crió. No soy tu madre.

El Prana.

BLANCA. —Energía vital. Agua. Alimento. Sol. Lo incorporás por medio de la respiración. Apana es lo que se elimina. *Pranayama.* Ejercicio de respiración consciente. Existen nueve respiraciones. Altas, medias y bajas. La sumatoria es la respiración yóguica. Desde el abdomen sube a la zona torácica diafragmática. Lo hago muchas veces. Inspiro. *Puraca.* Retención. *Cumbaca.* Espiración exhalación *Rechaka.* Retención a pulmón vacío. Inspiro el *Prana.* Lo absorbo y lo distribuyo.

Gabriela da un paso hacia atrás. Fernando la abraza.

BLANCA. —Madre es la que te crió. Yo te tuve, pero ella te crió. No soy tu madre.

FER. —Perdón, pero la mamá de Gaby, quien la crió, nunca la quiso mucho cuando la adoptaron.

GABY. —Me compraron.

FER. —Cuando pasó todo...

GABY. —Cuando me compraron.

FER. —Amor...

GABY. —¿Por qué no podés decir lo que pasó? No entiendo.

FER. —No levantemos la voz

Gabriela baja la voz. Doy un paso hacia atrás.

GABY. —¿Por qué no podés decir que me compraron?

FER. —Amor ya sabemos todos lo que pasó.

GABY. —Decilo.

FER. —¿Qué?

GABY. —Decilo.

FER. —Te compraron.

GABY. —Gracias.

Fernando mira el piso, da un paso hacia atrás.

GABY. —¿Qué pasa?

FER. —Nada.

GABY. —Te conozco.

FER. —Que no sé por qué me hacés decir algo que te hace mal.

GABY. —No me hace mal. Me compraron. Me compraron. Me compraron. Me compraron.

FER. —Bueno...

GABY. —Me compr...

BLANCA. —En Ushuaia está Pablo, tu progenitor.

Gabriela y Fernando se quedan quietos, las nenas comienzan a jugar.

GABY. —Sí.

BLANCA. —Por eso querés ir.

GABY. —Sí. ¿Sabés dónde lo puedo encontrar?

Agarro una lapicera del escritorio y un papel. Anoto.

BLANCA. —Acá tenés los datos. Por favor no digas que yo te los di.

Gabriela llora. Fernando se acerca y agarra el papel. Luego se acerca a Gabriela, la abraza. Las nenas corren y la abrazan.

FER. —Gracias Blanca.

Observo a la familia de Gaby que se abraza.

GABY. —Voy a buscar las cosas arriba.

FER. —No, amor. Dejá, voy yo.

Fernando sube con las nenas. Gabriela se seca las lágrimas, le alcanzo una carilina del escritorio.

BLANCA. —Gabriela...

GABY. —Tenés razón en lo que decís. Que no sos mi mamá. Lo entiendo.

BLANCA. —Tu mamá es la persona que te crió.

GABY. —Lo entiendo, pero es que no lo es. Cuando me compraron acá, se quedaron dos días. Antes de irse, a mi comprador le dio un paro y murió. Ella no sabía qué hacer, habló con tus padres. Y ellos le ofrecieron devolverle la plata, pero le dijeron que por favor que me llevara. Y ella aceptó y se fue. Quien quería ser padre era mi comprador. Él quería ser padre, ella no. Entonces nunca me miró como a una hija, nunca le interesé. Cuando me contó todo, lo primero que me dijo es cuánto yo había salido.

“Quinientos pesos” me dijo, y después dijo “Vos me cambiaste la vida, yo no quería ser madre”. Entonces no tengo mamá y vine a buscar una, porque a veces con las nenas no sé qué hacer, no sé con quién hablar, y siento que no voy a poder ser madre nunca, y sueño que las vendo. Que las regalo. Y recién lo traté muy mal a Fer y él no se lo merece, y estoy cansada. Estoy cansada de estar enojada todo el tiempo.

BLANCA. —¿Vos querés ser madre?

GABY. —Sí.

BLANCA. —¿Amás a tus hijas?

GABY. —Sí.

BLANCA. —Entonces ya está.

GABY. —¿Cómo?

BLANCA. —Agarrá a tus hijas y deciles que pueden equivocarse, pero que siempre van a ser dignas de amor, respeto y cariño. Esa es tu tarea.

Gabriela llora.

BLANCA. —Hacé lo que necesites.

Gabriela llora.

BLANCA. —Soltá Gabriela. Vos sos suficiente. Siento mucho todo lo que viviste, vos sos suficiente. Tirate al piso si necesitás.

Lo hace.

BLANCA. —Acá no te va a pasar nada, es un lugar seguro.

Gabriela se revuelca en el piso.

BLANCA. —Descargá.

Gabriela golpea con sus manos la colchoneta y llora.

BLANCA. —Respirá.

GABY. —Mi vida es una mierda.

BLANCA. —¿Y la de quién no?

GABY. —Estoy cansada.

BLANCA. —Qué bueno. No sos un robot.

GABY. —Quiero que me amen.

BLANCA. —Tenés a tu nenas y a Fernando.

GABY. —Quiero que seas mi mamá.

BLANCA. —No, no puedo, no quiero.

Mi bebé.

BLANCA. —Cuando le dije a Castillo que estaba embarazada me pegó tantas veces que perdí la cuenta. Mi mamá miraba mientras me daba con la percha de alambre cubierta de plástico blanco. Logró que le dijera con quién había sido y lo fue a buscar a su casa. No sé bien qué pasó. No lo volví a ver más a Pablo. Después me enteré de que lo habían mandado a Córdoba. Hace unos años lo encontré por Facebook. Hablamos. Me dijo que se había casado y que tenía un nene. Ahora trabaja en Obras Sanitarias, en Ushuaia.

Gabriela avanza hacia mí.

GABY. —Quiero que seas mi mamá.

BLANCA. —No, no puedo, no quiero.

Gabriela se queda quieta.

BLANCA. —Acepté conocerte por vos. Vos lo necesitabas. Yo tengo cosas que hacer acá.

GABY. —Pero nos dijiste de quedarnos.

BLANCA. —Dijeron que estaban casados.

GABY. —Ves que querés ayudarnos, yo quiero.

BLANCA. —Vos querés...

GABY. —¿Y por qué les enseñaste yoga?

BLANCA. —Es mi trabajo, es lo que hago. Andá a Ushuaia. Pablo va a estar feliz de verte.

GABY. —¿Así se llama mi...?

Fernando baja con las nenas y el cochecito.

GABY. —¿Bajaron todo?

FER. —Sí.

Gabriela se acerca a las nenas, se agacha, las abraza.

GABY. —Yo las amo. Perdón que estos días estuve muy enojada. Perdón: yo las amo. ¿Sí? No soy perfecta, muchas veces me voy a equivocar, pero siempre voy a estar para ustedes. ¿Sí? Siempre.

Las nenas abrazan a Gaby.

GABY. —Blanca: ¿nos enseñás eso de sentarse y cerrar los ojos?

BLANCA. —Meditación se llama.

GABY. —Eso: meditación.

BLANCA. —Ya saben ellas ¿O no que ya saben?

Las nenas dicen que sí con la cabeza, se sientan sobre las colchonetas. Me acerco a las nenas, me siento junto a ellas. Gabriela y Fernando también se sientan. Nos quedamos un momento. Respiramos juntos.

BLANCA. —Nos sentamos con la espalda bien derecha. Los hombros hacia atrás, la cabeza bien arriba y las palmas de la mano hacia arriba sobre las rodillas. Inspiro profundo, exhalo lento, inspiro profundo, alargo bien la columna, exhalo lento, y vamos haciendo un recorrido mental del cuerpo desde los pies a la cabeza, y sigo respirando, suave, lento, nos concentramos en un punto, me enfoco en la zona del entrecejo donde se va a crear una pantalla mental en donde las imágenes pasan, simplemente pasan. No me detengo de ellas, no analizo, no cuestiono, simplemente las dejo pasar. Voy a imaginar una gran luz dorada a un metro de nuestra una cabeza, los rayos luminosos van a ir penetrando lentamente desde nuestra coronilla van a ir iluminando todo nuestro cuerpo, cabeza brazos y la lupa va a ir descendiendo por las piernas y sale por las plantas de los pies. Esa luz se enraíza en la tierra, se profundiza y desde ahí surge una luz violeta de transmutación que ilumina todo. La luz violeta transmuta todo lo negativo en positivo, nos cubre por dentro y por fuera. Somos seres de luz,

de amor, de paz. Despacio voy regresando, inspiro profundo, exhalo, abro los ojos y comenzamos a movernos lentamente.

Suena un cuenco. Me levanto.

BLANCA. —Antes de que se vayan quiero darle algo a tus hijas.

GABY. —Bueno.

BLANCA. —Las llevo un momento arriba. Ya venimos.

Subo con las nenas.

FER. —Es impresionante. Quiero hacer yoga.

GABY. —Me dio la dirección de mi papá en Ushuaia.

FER. —Bueno, vamos.

GABY. —¿Sí?

FER. —Sí, vamos. Es importante. Cuando subí y estaba meditando Blanca con las nenas, me quedé un momento observándolas y mientras las miraba, me di cuenta por qué me cuesta decir que te compraron.

GABY. —Amor, perdón. Yo tuve...

FER. —No, no. Dejame terminar. Me cuesta decirlo porque me duele. Me duele pensar que te pasó eso y lo horrible que sería que eso le pase a cualquier niño. Yo quiero ser un buen padre. Me acuerdo cuando iba llorando a mi viejo y le decía que el César me había pegado con la pelota en la cara y él no hacía nada. Ese abandono es como dejar un servidor Web sin mantenimiento. Los datos se rompen, se vuelven obsoletos y después cuesta todo el doble. No quiero ser así con vos...

GABY. —No sos así.

FER. —No seas... Sí, a veces sí soy, a veces me hago el boludo. No quiero ser así. Por eso es importante que vayamos a conocer a tu papá, o tu progenitor, como vos quieras decirle. ¿Tiene sentido lo que te digo?

Regreso con las nenas. Corren a mostrarle lo que les regalé.

GABY. —¡Ay, pero qué lindas! ¿Qué son?

Las nenas explican el poder de las piedras. La amatista es una de las piedras más comunes. Se reconoce fácilmente por sus hermosos tonos púrpura. Muy calmante y equilibradora, es una piedra poderosa que puede aportar serenidad y aliviar muchas dolencias y el cuarzo rosa es una de las piedras más famosas. Se dice que es la piedra del amor, porque alivia todos los problemas emocionales relacionados con el corazón.

GABY. —Vamos a ir a Ushuaia.

BLANCA. —Me parece bien.

FER. —Gracias por todo, Blanca.

BLANCA. —Llamaron por lo que habían pagado en el hotel. Lo transfirieron a mi cuenta.

FER. —Bueno. Te podemos pasar nuestro alias para que nos transfieras.

BLANCA. —Les iba a pedir si me podía quedar con la plata.

Seguro.

BLANCA. —Seguro Gabriela irá y conocerá a su papá y se llevará bien. Seguro le parecerá un buen hombre. Seguro se mudará cerca pensando que acá tiene una familia. Seguro se dará cuenta de que las respuestas están en ella misma. Seguro tendrá más discusiones con Fernando hasta que él comprenda que debe conocer a su padre por sus propios ojos y no por los ojos de su madre. Seguro sus hijas seguirán jugando, seguro llorarán. Algunas veces Gabriela secará sus lágrimas hasta que ellas sean grandes y puedan hacerlo solas. Seguro aprenderá que un pranayama no es una pijamada. Seguro en algún momento hará yoga. Seguro en algún momento dejaré que me diga mamá. Seguro dejaré que las nenas me digan abuela. Seguro. Algún día, quizás. Hoy no.

Junto mis manos y los miro.

BLANCA. —Les iba a pedir si me podía quedar con la plata.

Gabriela y Fernando se miran.

BLANCA. —No hay nadie porque los eché a todos. Ya no tenía nada más que enseñarles. El yoga no es un negocio. No me gustan los negocios. Necesito la plata.

GABY. —Está bien, pero cuando volvamos de Ushuaia, pasamos y hacemos una pijamada.

BLANCA. —*Pranayama*, se llama.

GABY. —Eso también.

FER. —Y me dejás que rediseñe tu página Web.

Digo “sí” con la cabeza. Mala madre.

BLANCA. —Si alguien lee esto alguna vez, si por alguna remota casualidad alguien encuentra este diario va a decir que fui una mala madre y es que siempre es así, es nuestra culpa. ¿Dónde estaba Castillo? ¿Dónde estuvo Pablo? ¿Dónde están los hombres en este diario? Mala madre los ovarios que tengo bien puestos. ¿Maternan los hombres? ¿Maternan? ¿Dónde está la marcha de los hombres que piden maternar? ¿Dónde están los hombres? Tuve una hija a los 15 años, la vendieron y ahora aparece y me dice que soy su madre. No soy su madre, madre es la que te cría, la que te explica, la que te acompaña, la que te dice la verdad, sea hombre o mujer, esa es tu madre. Materné de otras formas, pero de ella no soy madre, ni quiero serlo. ¿Está mal? ¿Está mal no querer maternar? ¿Está mal? No, no está mal.

FIN

MALA MADRE. DIARIO ÍNTIMO PÚBLICO

Diciembre de 2023 - Primera edición



“La maternidad es el territorio que la obra surca una y otra vez, y en cada nueva hendidura lo postula de una forma diferente, le propone un ángulo distinto, un aspecto novedoso a contemplar. Están allí los miles de formas de la maternidad. Las miles de circunstancias alrededor de ella. Las miles de decisiones que implica matinar. O no hacerlo. Lo inexorable. Claro está, el tema se aborda con la crudeza que supone, con la honestidad que el asunto requiere. Con el intento de definiciones, con el rechazo, con la aceptación. Con la pregunta constante. No hay salvación. No hay tierra firme. Nunca la hay en estos asuntos”.

Laura Fernández